

CAPITULO II

Continuación de la misión Carrier

El ejército vendeano y las mujeres.—Por qué no pudo arrastrar á la Bretaña.—Diferencia de la mujer bretona y de la vendeana.—El tifus.—Clima de Nantes.—Ahogamientos.—Carrier permite que se salven los niños.—Solicita la intervención de Robespierre.—Persigue la prostitución.—La leyenda de Carrier.—El comité de Carrier.—Se guillotina á los agentes de Carrier.

Durante seis semanas largas el ejército vendeano, debido á nuestra desorganización, pudo á capricho marchar sobre Nantes ó apoderarse de un punto importante y hasta marchar sobre París.

El ideal de Bouchamps, el más juicioso de los jefes vendeanos, era la unión de la Vendée con la Bretaña. Entonces confiaba más que en otra cosa en la desesperación de las tropas y de algunos pueblos. Su plan después era correr Francia hasta la frontera, arrastrando voluntarios. Pero Bouchamps no pensaba en que á los vendeanos se aproximaban diez ó doce mil mujeres dispuestas también á ser conducidas. Creyeron ellas que era muy peligroso permanecer en el país.

Aventureras y poseídas del mismo espíritu que al comenzar la campaña, quisieron tomar parte nuevamente en la guerra civil, disparar los últimos tiros. Juraron que irían con más entusiasmo que los hombres. Unas eran mujeres sedentarias, otras religiosas (como la abadesa de Fontevraul). Voluntariamente se lanzaron á la *cruzada*. A la tía de un amigo mío, pregunté lo que esperaba al seguir al ejército de la Vendée y me contestó marcialmente: «Causar miedo á la Convención.»

Querían animar á sus maridos, á sus amantes. Escaso era el número de barcas para atravesar el Loira, y mientras unas eran conducidas á la orilla opuesta, las otras mataban el tiempo confesándose. La operación religiosa sufrió algunas intermitencias, pues de vez en cuando saludaban al confesor las granadas republicanas.

Un cura quiso huir, pero la beata lo cogió por las sotanas: «Aquí, aquí, padre, confesadme bajo el fuego del enemigo.»

A pesar de su intrepidez eran un gran obstáculo para el ejército. Iban unas á pie, otras á caballo, otras en carretas. Encontraron á sus hombres muy distintos á como se marcharon. La virtud del vendeano existía cerca de su casa, en familia. Fuera de esta se desmoralizaba. Desapareció la confianza en los jefes, en los curas.



CARRIER.

Todo aparecía con su desnudo cinismo. Las intrigas de Bernier y del obispo de Agra.

La Vendée se había dividido en dos partidos. Uno quería aprovechar el último golpe, una marcha rápida que permitiera en poco tiempo cruzar desde la Normandía al centro. Pero esto no se podía hacer como no fuera abandonando á los débiles, aquella muchedumbre de mujeres y de niños. El partido vendeano quería marchar con las mujeres, escoltarlas, defenderlas, repasar el Loira. Este sentimiento se acentuó después de los fracasos de Angers, Granville, Ancenis.

El ejército vendeano tocó la Bretaña, pero no pudo reclutar ni un

solo hombre. Había dos razones para esto. Los bretones no ignoraban la antipatía y el desprecio en que les tenían los vendeanos. Estos ignorantes desconocen por qué los bretones, á pesar de su rudeza, les son infinitamente superiores.

Nadie podía ejercer presión en la Bretaña, ni aun el cura de la Vendée sobre las mujeres bretonas, tímidas, que mueren de pobreza, pero sentadas ante sus maridos y que no son como las de la Vendée dueñas de la casa. La mujer vendeana es más amante que el marido, que pasa el día detrás de sus bueyes. Las memorias inéditas del patriota moderado Mercier Du Rocher demuestran hasta que punto es la mujer vendeana esclava del cura. Se matan las mujeres por un sacerdote. Puedense leer detalles verdaderamente estupendos en los Registros de Nantes.

«Ah, bandidos—dijo un hombre célebre—las mujeres son la causa de nuestros infortunios. Sin ellas se habría consolidado la República.»

Esto justificará en parte los malos tratos de que fueron objeto las mujeres en el Mans. Las fuerzas dispararon contra las mujeres que veían en ventanas y balcones. Sin embargo, hay que hacer constar que se realizaron con ellas actos humanitarios. Marceau salvó á una señorita que cayó sin sentido. Algunas se casaron con quienes las libertaron. Fueron estos malos matrimonios, amargos enlaces.

Un joven empleado del Mans, Goubin, encontró la noche de la batalla á una pobre señorita que se escondía en un soportal sin saber ni donde se encontraba, ni á donde iba. Extranjero en la población, la cogió de una mano, y viéndola temblar de frío la llevó á su propio domicilio y la acostó en su cama. Empleado de seiscientos francos, su habitación era pequeña; no tenía más que una sala, una silla, una cama y nada más. Ocho noches estuvo durmiendo sentado en la silla hasta que cayó enfermo. Entonces pidió permiso á la joven para acostarse vestido en la misma cama. Es inútil decir que ocurrió lo que era lógico.

Algunos días después aquella joven pudo volver á su hogar entrando en posesión de una fortuna. Tenía dinero y memoria. Se acordó de Goubin y quiso casarse con él: «No, señorita, no—dijo él rechazando la proposición.—Yo soy republicano. Los azules deben seguir siendo azules.»

Los historiadores del Oeste cuentan esta terrible historia.

¿Cómo contar la caza de vendeanos en Nantes?

Rendíanse amparándose en el decreto que respetaba la vida de quienes se entregaban. Nantes quedó sumergido bajo un diluvio de hombres, procesión espantosa de cadáveres vivientes, de exhumados. Mujeres vestidas mitad de hombres. Hombres y mujeres y niños cubiertos de harapos. Mil costumbres raras. Conjunto pintoresco, atractivo, nuevo, original. Era el carnaval de la muerte. Todos estaban enfermos.

Las prisiones atestadas despidieron el tifus á las calles. El frío, la miseria, el trigo negro, todo enfermó á los vendeanos, envenenando la

naturaleza. Y contra este enervamiento no existía la fe virgen que los sostuviera. Había llegado la disolución del cuerpo y del alma. Iban á morir. La población era un hospital inmenso. No se veía más que rostros demacrados, piernas débiles y ojos tristes y hundidos.

Semejante espectáculo producía el vértigo. Era la invasión de la muerte. Carrier estaba fuera de sentido. Sus ojos iluminados revelaban la llama atroz que ardía en su pecho. En Richeburgo entregábase á la orgía más desenfadada.

Ninguna población tan propensa como Nantes á sufrir epidemias. Durante todo el año reina un viento húmedo (pero no salitroso y fortificante) si no procedente del gran pantano del Mediodía, descomposición que aprovecha extraordinariamente á la vida vegetal.

Tal era la epidemia que en una posta sanitaria compuesta de veinte guardias nacionales murieron diez y ocho á los pocos días á consecuencia del tifus. «Los vendeanos van á acabar con Nantes con sus epidemias, ya que no lo pudieron hacer por medio de las armas.» Esto dijeron al oído de Carrier sus nuevos amigos.

Se realizaron matanzas por evitar peligros.

Iban á practicarse medidas por la salubridad.

La dificultad consistía en los niños.

Aquellos salvajes decían de los niños lo que el papá de los hijos de Federico II: «De la víbora viene la víbora.»

Los ahogamientos en masa de niños revolvieron el corazón de todo el mundo. Las mujeres los arrancaban de manos de los verdugos cuando los iban á arrojar al río.

Algunas familias hicieronse entregar á varios niños y los curaron y educaron. Pero se mezcló en esto la especulación. Las mujeres traficaron con estos infortunados hijos. El comité revolucionario ordenó que las jóvenes de más de quince años debían de ser conducidas á la cárcel. Era como conducir las al cementerio.

El alcalde de la población estaba enfermo.

Mucha gente había protestado de tan horribles suplicios, aunque en secreto. Al único á quien se escuchó fué á Savary, el excelente historiador de la guerra vendeana, amigo de Kleber. Este propuso que entregasen á sus familias á los prisioneros en el estado en que se encontraban; de este modo al ver los pálidos rostros de muerte cundiría el pánico en la Vendée y quizás se evitaría la continuación de las guerras vendeanas. A Carrier agradó la idea y todo se hubiera obtenido, pero en aquel momento llegó Kleber con el bando del comité, obligando á que los niños fueran encarcelados. Savary marcha inmediatamente á la casa de Carrier. Este dice alarmado: «¿Quién te trae por aquí tan temprano? ¿Ocurre algo?» Savary le habla de la orden del comité; esta era aun un enigma para Carrier. Se enfurece, grita, gesticula. En aquel momento entra un gendarme. «Marcha inmediatamente y busca por el campo á los individuos del comité y preséntamelos enseguida.»

El comité llegó después con el presidente á la cabeza. Carrier monta de nuevo en furor y amenaza al presidente con el sable: «¿Qué significa ese bando del comité referente á los niños vendeanos, ni quién te ha



... el librero Desenne tenía frente á su casa la larga fila de vendedores .. (Pág. 319)

autorizado para fijarlo? Merecís todos que os lleve inmediatamente á la guillotina.—Ciudadano representante—contestó el presidente—el comité ha creído que favorecía tus planes.» Nuevo acceso de cólera. «Si antes de cinco minutos el comité no ha fijado un bando destruyendo lo que dice en éste os guillotino á todos.»

Se podría escribir un libro de las inconsecuencias de Carrier. Persiguió entonces la prostitución. En Nantes, donde se acumulaba



Westermann en la Vendée.

la gente, el número de mujeres públicas era extraordinario. Las prostitutas y los perros llenaban las calles. Carrier creyó que era muy higiénico limpiar á la población de unos y de otras. Pero fué una amenaza. Si las hubiese muerto hubiera irritado á los soldados.

La tradición nantesa ha acumulado sobre Carrier innumerables leyendas.

En torno suyo giran relatos estupendos, actos atrozmente sangüinarios, escenas que horripilan.

Unos hechos se han comprobado y la mayoría se han desmentido.

Lambert y el joven Robin, los verdugos que sumergían á las víctimas golpeaban á aquellas infelices y decían que querían *republicanizarlas*. Bailaban de alegría cuando podían humillar á una gran dama vendeana. Respetaron la resistencia de una camarera de Lescure y fueron despiadados con una marquesa renombrada por su fanatismo y á la que enfáticamente se llamaba María Antonieta porque había hecho la campaña metida en un carruaje.

Las inmersiones terminaron y continuó el fusilamiento. Ejercían el cargo de fusiladores hombres buscados *ad hoc* que, no sabiendo el francés, eran sordos á las súplicas.

Unos organismos echaban la responsabilidad sobre otros. El tribunal revolucionario sobre el comité, y éste á las comisiones militares. Estas no sabían que hacer. Su presidente osó escribir á Couthon y éste habló á Robespierre.

La humanidad exigía que se hiciera algo. La ocasión era propicia para intervenir. Desgraciadamente Robespierre estaba obligado á unirse á Collot-d'Herbois, persiguiendo á los indulgentes, á Camilo Desmoulins y Fabre de Eglantine, proclamando el 28 de Enero la inocencia de Ronsin, el ejecutor de los ametrallamientos de Lion, el amigo de Carrier. Era difícil que los robespierristas fuesen exaltados en París y clementes en Nantes.

Lo que pareció arrastrar á Robespierre es la lucha que estalló en el Morbihan entre el representante Trehonard y los agentes de Carrier a propósito de los curas. Carrier sostenía que iban á desembarcar en la costa treinta mil ingleses, y en este caso era preciso arrestar á los curas, verdaderos jefes de la población. Trehonard aprisionó no á los curas, si no á los agentes de Carrier.

Este en su vértigo llegó hasta aconsejar que se desobedecieran las órdenes de Trehonard, su colega, su compañero, otro representante. Lo abandonó la prudencia. No solamente aceptó un banquete público sobre un barco desde el que se practicaban las inmersiones; no solamente había cerrado arbitrariamente la sociedad popular, si no que dejó pruebas escritas contra él, dos órdenes á Troujolly, presidente del tribunal, ordenando que ejecutara á los presos sin juicio.

No se podía proceder contra Carrier más que por un medio indirecto, prudente.

Fué el agente Jullien de la Drome, quien viajaba con el título de miembro de la comisión ejecutiva de instrucción pública. Este debía de expiar los movimientos de Carrier y preparar á Nantes contra él, á Burdeos contra Tallien.

Fué al Morbihan á conferenciar con Trehonard.

El ataque comenzó por un valeroso hombre del pueblo, un hojalatero, Chaupenais, de la sociedad Vincent. La población sufría horriblemente. Se llama á Carrier desde la sociedad, y éste casualmente no asiste. Entonces Chaupenais dice: «Si Carrier no acude á nuestro llamamiento, ya no debe ser de los nuestros. Debemos borrarlo.» Inútil es decir el asombro que esto causó.

Carrier llamó á Chaupenais; éste le contestó severamente y Carrier se convenció de que estaba apoyado. Supo que en Nantes se hallaba Jullien de la Drome. Lo llamó también, le gritó, sacó el sable é hizo otras cosas ridículas.

Jullien dijo que podía matarlo si quería, pero que él, Carrier, antes de ocho días subiría á la guillotina.

Carrier se suavizó.

Por la noche salió el joven Jullien después de haber dado el golpe. La municipalidad, entusiasmada, declaró que Chaupenais tenía toda su confianza.

Desde Angers, Jullien escribe á Robespierre, á su jefe diciendo: «He visto el restablecimiento del antiguo régimen en Nantes...»

El efecto que esto causó fué excelente.

El mismo día en que se leyó la carta la Convención llamó á Carrier.

Carrier fué á París llevando un arma inapreciable para combatir á los hebertistas cuando llegara el momento oportuno.

Carrier era una leyenda personificada.

En Lion era Collot-d'Herbois el poseedor de la leyenda.

Este ametrallaba, aquél ahogaba á la gente. Las plácidas y azuladas aguas del Loira servían de elemento á la furia de Carrier.

Mujeres, hombres y niños habían perecido bajo su ondulante superficie.

De la cifra probable de ejecuciones (dos mil) Troujolly la aumenta á diez mil. Madama de Larochejacquelin añade aun cinco mil más.

Una vez comenzadas las acusaciones no se sabía cual iba á ser su término. Troujolly, presidente del tribunal, acusó al comité; el comité acusó á Lamberty y lo condenó á muerte. Los amigos de Lamberty pudieron escapar arrojando entera la responsabilidad sobre Carrier. Así el proceso alcanzó inmensas proporciones, enriqueciéndose en testimonios. Robespierre era objeto entonces de la contemplación de todos.

Todo el mundo trabajaba para darle elementos contra Carrier y contra los hebertistas.

Unos querían que se desmintiese el republicanismo de Carrier, añadiendo que sus actos no respondían al ideal republicano. Otros realistas acechaban la ocasión de vengar en él á la Vendée.

Fué el comité de Nantes quien trabajó torpemente, contra el mismo, enviando en su defensa treinta y dos girondinos.

Estos hombres apenas salieron de las cárceles comenzaron á trabajar contra su opresor, contra Carrier.

Enviados á París Goullin y Chaux, buscaron un abrigo en Robespierre. Pusieron á su disposición cuanto tenían contra Carrier. Era el 9 de Marzo. El 13 debían quedar arrestados los amigos del *rey de Nantes*, Hebert y Ronsin. Sin embargo, recibió con fortuna un socorro inesperado. «Si se te persigue es por que eres un buen patriota.»

Esto fortificó el espíritu de Carrier.

Carrier mismo decía contra si cosas mayores que las más grandes acusaciones de sus enemigos.

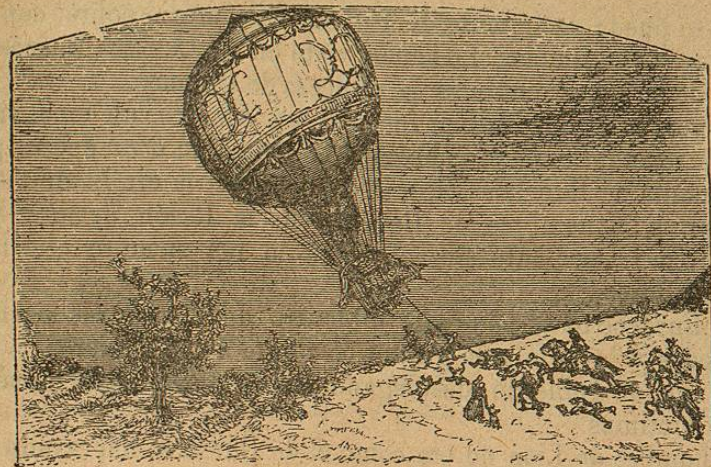
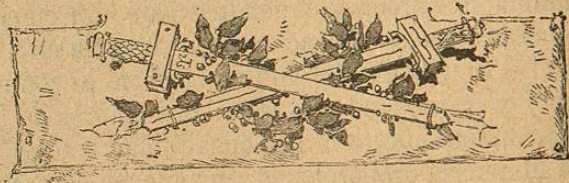
En los Jacobinos se hablaba de cementerios y Carrier tomó bruscamente la palabra para decir: «¡Ah, yo no he podido enterrarlo todó!» Lejos de atenuar el efecto de su siniestra persona lo aumentaba con sus iúgubres interrupciones y su aspecto trágico; parecía el hombre de la fatalidad, el exterminador, el fuego de Dios.

Al abandonar á Nantes dijo á una mujer: «Estoy tranquilo, querida mía. Nantes no olvidará jamás el nombre de Carrier... Tarde ó pronto perecerá á hierro y fuego.»

Creíase seguro al pensar que caso de atacarle sería por exageración más que por debilidad, es decir, que los acusadores se confesarían moderados ó menos violentos que patriotas.

Pero no esperaba el golpe que había de hundirle.

Sus amigos Lamberty y Fouquet fueron guillotinado el 16 de Abril por moderados y contrarrevolucionarios.



CAPITULO III

Lucha de Robespierre contra los representantes que desempeñaban misiones

Robespierre contra Tallien y Fouché.—Inquieta al comité de Salud pública.—Desconoce los títulos de los representantes en misión.—Diferencia del 93 al 94.—Oscuridad en los procedimientos de Robespierre.

Lo que más honra á Robespierre es su lucha contra los representantes que desempeñaban misiones. Lo que le condenó, lo que lo perdió fué la guerra que les hizo.

Para descifrar este enigma conviene advertir que Robespierre perseguía á muerte á tres ó cuatro desatentados que deshonraban á la Asamblea.

Aunque menos razonablemente se extendió esta persecución á unos veinte representantes comprometidos por la dictadura que el peligro les obligó á crear en el 93.

Esta monomanía de depuración hacíale incurrir en errores fatales, pues muchas veces era víctima de sus procedimientos algún inocente.

Distingamos las épocas.

Muchos hombres que en los momentos de reacción se dejaron arrastrar por el torrente, culpables de este delito, no lo eran antes de Thermidor. No se les podía juzgar por hechos que aun estaban por venir.

Y en la época á que nos referimos ya eran culpables Chabot, por ejemplo y Carrier, una bestia salvaje, sin entrañas.

Este título lo merecían otros tres en la Convención, Tallien, Fouché, Rovere.

Rovere es quizás el único miembro de esta Asamblea que hizo fortuna. Ya veremos por qué medios.